



El papel de María en la formación de un cristiano maduro

Una lectura de María desde el mundo afroamericano

Gonzalo M. de la Torre Guerrero, CMF¹

Resumen²

Nadie nace “plenamente humano”. “Se va haciendo humano” conforme se construye la armonía necesaria entre el mundo instintivo y el mundo racional; en la medida en que el Yo psicológico logra la madurez suficiente para responder, equilibradamente, a su herencia animal y a su programación racional.

Esa madurez individual colabora con la madurez corporativa. Por consiguiente, la perfección o adultez corporativa depende de la perfección o adultez personal. El cuerpo social o comunitario se compone de todas las corporalidades personales o individuales. Cada una le aporta sus propias cualidades o defectos al cuerpo social a donde pertenece. Por esa razón, la misma sociedad reconoce, oficialmente, el valor de quienes desempeñan el papel de padres o educadores cuya finalidad es formar en la “adultez humana” a quienes están haciéndose personas,

Palabras Clave

María, madre, formadora, adultez, madurez humana .

creciendo en humanidad, con el objetivo de llegar a ser adultos dentro de esa realidad corporativa denominada sociedad.

En la vida de Jesús, su primera pedagoga es María de Nazaret. Es necesario conocer su rol para comprender al Jesús humano. Ella, María, la madre de ese “varón maduro” será la madre ideal para los pueblos afrodescendientes que están en la búsqueda de su madurez histórica.

¹ Gonzalo de la Torre Guerrero es Misionero Claretiano dedicado toda su vida a la misión chocoana. Fundador y primer rector de Uniclaretiana, ha sido profesor en varias universidades nacionales e internacionales, traductor de textos bíblicos y escritor de libros, módulos y artículos sobre Biblia y Teología. Coordinador de la Muestra Bíblica Claretiana. Hizo sus estudios de especialización en Ciencias Bíblicas en el Pontificio Instituto Bíblico de Roma y en el Instituto Bíblico Franciscano de Jerusalén. Doctor Honoris Causa en Educación por la Universidad Católica de Manizales.

² El texto es un testimonio sobre el papel de María y las mujeres en la formación y madurez del ser humano; una experiencia mariana en los pueblos afrodescendientes del Chocó.

La madurez humana según Pablo

Cuando Pablo habla entusiasmado acerca de Jesús como “ideal humano de madurez” afirma: “el cuerpo va creciendo y construyéndose en el amor”, frase que él aplica, directamente, al cuerpo comunitario, pero necesariamente ligada al cuerpo de cada miembro de la comunidad.

Para el apóstol Pablo, según su carta a los cristianos de Éfeso, la madurez cristiana consiste “en vivir de acuerdo con la vocación que se ha recibido”, y para ello se debe ser “humildes y amables, tener paciencia y soportarse unos a otros con amor, esforzarse por mantener la unidad del espíritu con el vínculo de la paz”. Insiste en que “ya no seremos como niños, que cambian fácilmente de parecer y que son arrastrados por el viento de cualquier nueva enseñanza hasta dejarse engañar por gente astuta que anda por caminos equivocados. Por el contrario, viviendo en la verdad y el amor, crezcamos hasta alcanzar del todo al que es la cabeza, a Cristo. Cuando cada parte funciona bien, todo va creciendo y edificándose en amor” (Ef 4,1 ss).

Penetrar la humanidad de Jesús para comprender su divinidad

De acuerdo con 1 Jn 1-3, lo visto y oído es anunciado para entrar en comunión con el Padre y con su Hijo, Jesucristo. Entonces, frente a Jesús se encuentra la inmensa dificultad de comprenderlo, integralmente, como un ser plenamente humano y plenamente divino. Sin embargo, en la búsqueda de este conocimiento es posible seguir el camino que tomaron sus discípulos, quienes partieron de la humanidad de Jesús para introducirse en la comprensión de su divinidad.

Todo humano recibe una herencia animal que debe ser orientada y transformada. El hecho de haber descubierto la humanidad de Jesús y de que ella lleve a sus contenidos de vida eterna, su Divinidad, llena de gozo al apóstol Juan, autor de la carta citada. Pero lo humano tiene un camino evolutivo: parte de la inmadurez cerebral y física -de la infancia- hasta llegar a la adultez, llamada en griego “teleios” (perfección) cumpliendo metas de madurez. Por lo tanto, no se trata solo de una adultez física, referida a estatura y dimensiones biológicas armónicas, sino de una adultez integral que incluye el desarrollo armónico cerebral, neurológico, emocional, consciente e inconsciente, que demuestra que los cerebros reptílico y límbico (herencia animal) están en armonía con el cerebro neocórtex (especificidad humana).

La necesidad de “ir volviéndose humanos”

No siempre es fácil superar la animalidad. Hacerse adultos “perfectos”, según Pablo- es, entonces, un proceso de “ir haciéndose humanos”. Como en todo proceso, siempre existirá el peligro de quedarse a mitad de camino y no llegar a la adultez requerida; quedarse como “seres inmaduros” viviendo más a merced de sus instintos que de su razón; con el peligro de establecer unas relaciones -cultura- justificando cosas injustificables como la relación desigual entre varón y mujer, el predominio de los instintos sobre la razón, la irresponsabilidad sexual, las tendencias acaparadoras, la destrucción de la Creación, la corrupción, la violencia que destruye lo que no posee, la corrupción, el facilismo y la inconciencia en todos los campos. Es decir, lo instintivo a flor de piel, a la orden del día, con el agravante de ser calificada como cultural toda deformación arraigada en la sociedad que podría ser considerada, también, como costumbre.

Muchas veces, la propia cultura se convierte en obstáculo para alcanzar la madurez. Las personas nacidas en este modelo de sociedad enfrentan el peligro de quedarse a medio camino, de no llegar a ser plenamente humanas, de vivir más de los sentidos que de la interioridad sin lograr ese equilibrio que, sin matar los instintos y sin dejar de emplear los sentidos, sabe subordinarlos, cuando es necesario, al amor que busca y construye solidaridad, igualdad, fraternidad; es decir, sociedad humana. Esta es la razón por la cual no se pueden olvidar los contextos históricos en los cuales nace y se desarrolla cada persona. Jesús no es una excepción. Por esa razón, es necesario conocer qué le pedía el mundo judío del cual Él es hijo. En este sentido, sobresale lo que en su tiempo, en su región y en su historia se pensaba acerca de Dios, del varón, de la mujer, de la ley, de las prácticas religiosas, de los extranjeros, del menor de edad, del pobre, del impuro, del sexo, etc. La propia cultura tiene definiciones de cada una de estas realidades y exige a sus integrantes comportarse de acuerdo con las mismas. Quien no lo haga aparece como un ser extraño, rebelde, y debe atenerse a las consecuencias porque su conducta cuestiona el comportamiento general.

El rol de María en la madurez de Jesús

María debió ser la primera pedagoga de su Hijo. En el desarrollo humano de Jesús, ella, como mujer y como madre, jugó un papel decisivo que es necesario recorrer y conocer, so pena de no llegar a comprender al Jesús humano que abre camino hacia el conocimiento del Jesús divino. María, como mujer y como madre, tuvo el encargo de corregirlo, de hacer crecer su conciencia, de ampliar su horizonte, de

enseñarle valores, sin atraparlo para sí como si fuera de su propiedad. Por el contrario, ella debía desprenderlo de sí misma, de las faldas maternas y lanzarlo a la vida para que aprendiera a enfrentar el mundo con madurez humana, sin falsos temores, sin pusilanimidades, asumiendo cada vez más y mejor el papel que su conciencia de niño, de joven y de mayor le fuera descubriendo frente a Dios, su Padre, y frente al pueblo en medio del cual había nacido y se desarrollaba.

María corría el peligro de sobreproteger a Jesús. Ella, como toda madre, debía construir un camino con el hijo, donde él se manifestara cada vez más “téleios” -más maduro, más adulto, perfecto-. Al examinar esta tarea de María, no se trata de buscarle las fallas que como madre pudo haber tenido, sino de saber encontrar los puntos que Jesús iba logrando a su lado, como un hijo humano en la consecución de su madurez, frente a una madre que podía sobreprotegerlo, porque así lo pedía el contexto histórico de Galilea, de Jerusalén y de Israel.

La familia de Jesús vivía en Galilea, región de frontera, semipagana, tanto que recibía el nombre de “Galilea de los gentiles” (Mt 4,15). Era una localidad sometida a impurezas permanentes y habitada por gente rebelde, amiga de su libertad, luchadora contra cualquier invasor y, por lo tanto, considerada por el poder central -Jerusalén, su Templo y el poder romano- como revolucionaria y peligrosa, a la cual se debía controlar o eliminar. Este contexto le daba a María razones suficientes para proteger a su hijo a medida que creciera o que la vocación elegida lo fuera enfrentando a personas e instituciones sedientas de poder.

María frente a los pueblos afrodescendientes que buscan su madurez humana

A los afrodescendientes no les cuesta aceptar a María; la asumen como la presentan los Evangelios y no como la quisiera ese modelo de piedad mariana que a ratos casi llega hasta la idolatría. Quienes han nacido en y del pueblo afro y quienes han transitado los contradictorios, sorprendidos y ricos caminos de la evangelización, conocen la inmensa devoción mariana de esa población. Todo afrodescendiente trae la memoria de una mamá o de una abuela o tía que han cumplido el rol materno. Todos reconocen esa fuerza, el valor de su palabra, su talante como esposa y como mujer sabedora de que el hogar gira en torno a ella. La mujer madre fascina y marca; todas las mamás de la comunidad se respetan y quieren, porque en algún momento se han recibido sus beneficios, aunque ninguna de ellas sea la propia madre.

La María que les falta a los pueblos afros

Una pregunta frecuente es: ¿Cuál será la imagen más para transmitir y construir en el alma afrodescendiente? En este análisis se intenta una propuesta que se juzga honesta en la medida en que haya más consciencia de la difícil historia del afrocolombiano y del afrochocoano, de sus esfuerzos por lograr su libertad física, de sus luchas por superar la marginación vivida y la manipulación perenne de su conciencia, de su permanente descontento con el comportamiento de los gobiernos centrales de turno -sin excepción-, de la oligarquía criolla y sus racismos, del papel sobreprotector desempeñado por las religiones y las iglesias evangelizadoras. Frente a todo lo anterior, es posible que al pueblo afrodescendiente espiritualmente le haga más falta reconocer y aceptar a María como la Madre Espiritual que debe actuar con el pueblo como lo hizo María con Jesús ayudándolo a madurar humanamente, sin alcahuetería, sin contemplaciones, sin falsas posiciones de autocompasión por parte del pueblo.

Se necesita una María que ayude a superar la contradicción histórica. La riqueza biológica, intelectual, psicológica y espiritual de los pueblos afrodescendientes es inmensa; de ello dan testimonio centenares de figuras valiosas en todos los campos que van quedando en el anonimato quizás por culpa de todos porque no hay preocupación por el silencio guardado frente a los valores propios. Más bien, se acepta sumisamente la superioridad que demuestran otras culturas y hay satisfacción con que se permita vivir en paz el propio libertinaje.

Estas figuras valiosas, escondidas en el anonimato, contrastan con la fama, que dan y que calladamente se acepta, de ser un pueblo regido por los instintos, con presencia en todo lo negativo de la sociedad y que, en el decir poético de especialistas, antropólogos, sicólogos y médicos, tiene los bríos de un bello y joven ejemplar equino, pero sin las riendas que administren su fuerza y orienten sus inmensas capacidades.

Una María vuelta a leer desde el Evangelio, como formadora de Jesús, sería ideal para ejercer el papel de mamá formadora de los pueblos afros. Es un hecho que, en todos los caseríos, el pueblo se la ha apropiado como una mamá de la comunidad, sintiéndola cerca, bajo los nombres de la Candelaria y de la Virgen del Carmen y bajo el recuerdo en los alabos de la mamá que acompañó a Jesús cuando niño, en su vida pública y, sobre todo, en su pasión y muerte. Por lo tanto, proponer a María como Madre de los Pueblos Afros no es presentarla por primera vez, como una desconocida, sino acentuar su presencia como la madre

que ahora le correspondería formar, con el objetivo preciso de lograr que los pueblos afros alcancen esa madurez humana que tanta falta hace.

Las imágenes de María que se deben rechazar

María, la madre competidora de su Hijo. Mariología paralela

El desafío de todos los cristianos, principalmente de los católicos, es saber ubicar correctamente a María en la Espiritualidad. Existe la tendencia, heredada de la Edad Media, de convertirla en una súper figura que debe competir en todo con Jesús. Todos los títulos que Él tenga los debe tener también María; todos los dones que Él posea también los debe poseer su madre. Por ese motivo, todos los dones que la Biblia le señala a Jesús, por ser el Hijo del Padre, se le señalan a María; de tal manera, que se ha hecho de ella la sin mancha, la sin pecado original o la inmaculada, la nunca tentada, quien todo lo sabe, quien todo lo puede. En algún caso, hasta le dan “privilegios” que no tuvo Jesús, como el no pasar por la muerte, sino simplemente “dormirse, para abrir los ojos en el cielo, a donde es transportada por los ángeles”. María es, entonces, quien fue llevada en cuerpo y alma a los cielos y fue coronada sobre los ángeles, la Reina de la Creación.

Quien ame a María como la madre de Jesús de Nazaret siente desagrado con el título de “Competidora de privilegios”. María nunca buscó nada. Pero, infortunadamente, se ha hecho de ella una competidora; tal vez, con la intención de exaltarla, pero de manera errónea. María para ser la madre de Jesús no necesitó competir con su hijo. En el momento adecuado, el mismo Evangelio dispone para ella el título que la distingue.

¿Es María una feria de poderes, alabanzas y glorias?

Las famosas letanías, que acompañan el rezo del Santo Rosario desde la Edad Media, son un resumen concreto de lo que algún tipo de devoción ha buscado que sea María para la conciencia cristiana. Las preguntas son obvias. ¿Los títulos, las glorias, las alabanzas definen a María? ¿Los frágiles humanos encontrarán alicientes para la superación de las tendencias animales en un ser tan glorioso y divino, tan ausente de las limitaciones humanas? ¿Esto hace bien o mal a la Espiritualidad mariana, que debe basarse en los Evangelios? ¿Es ésta la manera correcta de pensar a María cristianamente? ¿Las letanías hacen olvidar el camino apartado de títulos y grandezas que siguió María, según los Evangelios, y que fue el de la madurez

evangélica que debe pasar por la superación de todas las tendencias para ir conquistando, con la ayuda de Dios y de su Espíritu, el modelo de Humanidad que el Creador diseñó con toda su inteligencia?

El mundo afrodescendiente frente a la María gloriosa y poderosa

Los pueblos afrodescendientes no son la excepción en cuanto a la forma de concebir a María. Heredaron la Espiritualidad de sus conquistadores y esclavizadores, la que les enseñó la iglesia oficial. También, a ellos les fascinan las letanías como parte del Rosario repetido incansablemente en todos los novenarios de muertos, que no son pocos. Con voz solemne y pausada, todo buen rezandero recita ante la comunidad las letanías; saberlas es señal de ser un rezandero genuino; no saberlas quita el derecho de presidir un velorio o un novenario.

El rezo del Rosario y de las letanías también lo repiten los afrodescendientes en las noches de “alumbraos”; cuando celebran sus fiestas sin la presencia del sacerdote -ministro más bien escaso en las tierras selváticas-. En estos territorios es donde se multiplica la vida en forma de familias y comunidades que deben abrirse camino como puedan para no dejar sepultada toda su esperanza en la selva.

¿Qué sentirá o pensará una mujer negra, madre de tantos hijos y en circunstancias a veces humillantes, cuando las letanías se desgranán una tras otra recalando de María su virginidad, su castidad y su pureza? Oirá de labios del rezandero decir: Santa Virgen de las vírgenes... Madre purísima... Madre castísima... Madre y Virgen... Madre inmaculada... Virgen digna de veneración... Virgen digna de alabanza... Virgen poderosa... Virgen clemente... Virgen fiel... Reina de las Vírgenes... Y las madres negras responderán con todo el corazón: ruega por nosotras... ruega por nosotras... Todo un bombardeo de virginidad para quienes no lo han dejado ser en su historia de esclavitudes.

Y el Pueblo Negro en su pobreza, catalogada por las fuentes oficiales como miseria, quedará sobrecogido ante su Madre y tentado de buscar el honor con el que a ella la cualifican. María, Honor de los Pueblos, Rosa escogida, Fuerte como la torre de David, Hermosa como torre de marfil, Casa de oro, Reina de los Ángeles, Reina de patriarcas, profetas y apóstoles. El pueblo afro responde sumisamente: ruega por nosotros... ruega por nosotros... y da a la mujer el título de Reina, mientras la violenta de mil formas. Pero, como dice una canción del grupo Tanguí-Chirimía:

A veces me llaman reina
Pregunto: ¿Reina de qué?

Y grito que sólo quiero
ser una digna mujer.
Ay-ay-ay, más dignidad,
Ay-ay-ay, cuál debe ser...

A María el pueblo también la quiere ver cercana

A pesar de las letanías y de la mariología paralela (en relación con la Cristología) al día siguiente, el pueblo llevará a María a la procesión y bailará con ella y la hará una mujer de la comunidad que hace lo que el pueblo hace y goza con lo que el pueblo goza. De hecho, aquí construye otro tipo de mariología, una que no compite con Jesús, ni se queda en títulos de gloria y poder, la inalcanzable.

A más de un afrodescendiente le nacerán ganas de componer sus propias letanías: María madre de las comunidades negras... María que alimentaste a Jesús con tu propia leche... María que supiste educar a tu hijo y corregirlo... María que conoces nuestra realidad de ser mujeres afrodescendientes... María que bailas con nosotras demostrando tu alegría... María que fuiste curandera y partera en tu pueblo. Seguramente, todas responderían con convicción: ruega por nosotras... ruega por nosotras...

María frente a Jesús, el papel a trasladar al pueblo afro

La tarea social de toda madre es obtener para su hijo la madurez humana

Todo humano nace con una herencia animal (cerebros reptílico y límbico), pero con la posibilidad de encausar las tendencias instintivas animales hacia un proceso de transformación y madurez, gracias al tercer cerebro, el neocórtex.

Este camino de humanización suele denominarse "camino de madurez humana". Con seguridad, la persona se va haciendo humana en la medida en que su cuerpo, su cerebro y su conciencia se desarrollan o evolucionan. Una de las señales de ese crecimiento es la capacidad de adquirir autonomía física, mental y de conciencia.

Autonomía significa adquirir esa cualidad que capacita al ser humano para dar pasos propios, para expresar opiniones propias; para valerse por sí mismo cortando toda dependencia y sacudiéndose de la permanente protección materna que impide un daño para el hijo y quiere que piense y obre como ella. Toda madre tendrá siempre la tendencia a prolongarse en el hijo. El vientre,

los brazos maternos, la cuna, el cuarto, la casa, la calle, el barrio son espacios que el niño va superando a medida que crece.

Creer significa capacidad de enfrentar o responder a las inseguridades que se vayan presentando a lo largo del desarrollo. Los desafíos serán cada vez mayores, porque los espacios son también cada vez más grandes y más desconocidos. Sin embargo, se llega a ser maduro cuando se asume la vida sin necesidad de tener una madre al lado que proteja de cualquier amenaza.

En este proceso de madurez humana se siente que la madre va dejando de ser la mujer sobreprotectora para que el hijo pueda ir adquiriendo el talante de un ser un adulto, capaz de enfrentarse a la vida con todos sus enigmas, sus sorpresas y sus amenazas. De esta manera, el hijo se va haciendo varón y la hija mujer, capaces de ocupar un puesto de responsabilidad en la sociedad. Una mamá llega a ser plenamente madre cuando le entrega a la sociedad un hijo maduro, capaz de desempeñar su papel social con dignidad, competencia, libertad, autonomía, responsabilidad. Es decir, cuando sabe acompañar a su hijo en su propio proceso de crecimiento humano que solo se logra por la adultez.

La tarea de María: propiciar en su hijo la adultez

La perfección de un ser humano es adquirir esa adultez que le permita desarrollar a plenitud su vocación. Jesús, en un momento dado, en torno a sus 30 años, sintió con fuerza su vocación de anunciar a los pobres la Buena Noticia del Reino de Dios proclamando la inauguración del tiempo de la igualdad social que a todos da el derecho a una plataforma socio-económica para realizarse con dignidad. Por ese motivo, Jesús anuncia que "el Espíritu lo ha sido ungido para anunciar la Buena Noticia a los pobres, proclamar la liberación de los cautivos, dar la vista a los ciegos, libertar a los oprimidos y proclamar un año de nivelación social" (cf Lc 4,18-19).

Desarrollar esta misión va a comprometer lo mejor de sus energías; va a exigirle plena madurez humana; va a pedirle claridad, decisión, libertad, autonomía, equilibrio, capacidad para enfrentar calumnias, persecuciones, incomprensiones, traiciones; fe en sus propias reservas, en la presencia del Padre y del Espíritu en su ser; fe en las posibilidades humanas de sus seguidores; fe en que el mundo no pertenece al maligno que puede y debe ser derrotado; seguridad de que su obra, más allá de una labor meramente humana, debe desbordar las limitaciones impuestas por los compromisos de amor humano, los lazos familiares, la amistad humana, para pasar a un amor universal que incluya a todos -por el simple hecho de ser

seres humanos necesitados- hasta llegar a sentirse sujeto y objeto de un amor de causa y de amistad gratuito de parte de Dios, que lleva a trasladar, también, ese amor personal hacia la sociedad donde se vive.

Para que Jesús llegara a este estado, su madre desempeñó un papel fundamental; los Evangelios la recuerdan en escenas donde su maternidad humana debe superar sus tendencias protectoras para dejar enfrentar a su hijo con la madurez y la autonomía necesarias para que su obra no sea un proyecto puramente humano, sino la concreción del Proyecto que el Padre Celestial le pide poner en marcha.

María, madre y compañera en el camino de la adultez evangélica

En este sentido, es importante realizar un breve recorrido por el Nuevo Testamento, sin una hermenéutica profunda y detallada, pero sacando a flote el contenido evangélico del comportamiento de Jesús con María. De esta manera, se descubre el papel extraordinario de María de acompañar a Jesús, el anunciador del Reinado de Dios-Padre, en su camino de adultez evangélica, camino que debe ser el de todo evangelizador y evangelizadora o mejor, el de todo cristiano.

Cuando se piensa en esta María se piensa, también, en los pueblos afrocolombiano y afrochocoano, tan necesitados de una María de este estilo, más que de una María poderosa y gloriosa, no liberadora desde sus glorias sino a partir de la cercanía establecida con su genuino ser de madre y compañera en el camino de la madurez humana. Cuando se llega a ser maduro se puede afirmar que se acerca la liberación. Todavía no se ha llegado a la adultez histórica necesaria.

Breve recorrido por algunos textos marianos significativos

Jesús corrige a su madre

Lc 2,41-52. Jesús, un niño galileo, se pierde en Jerusalén, la ciudad capital, centro del poder político y religioso, donde se elimina a quien sea amenaza para el poder político y religioso establecido. “¿Hijo, por qué nos has hecho esto? Tu padre y yo te hemos buscado angustiados... ¿Y ustedes por qué me buscaban? ¿No sabían que yo debo ocuparme de los asuntos de mi Padre?” (Lc 2,48-49). Jesús recibe un regaño de su madre y ella, expresamente, le subraya la angustia vivida durante tres días, por la inseguridad que se suponía estaría pasando el niño. Jesús le responde a su madre, como quien ya no se considera niño (tiene 12 años)

y como quien acepta los riesgos a correr, cuando se trata de los “asuntos de su Padre”. El, acepta seguir bajo la guía de sus padres y regresa con ellos a Nazaret. El Evangelio recalca, muy sabiamente, que “Jesús iba creciendo en sabiduría, en estatura y en amor gratuito ante Dios y los humanos” (2,52); es decir, María es la madre que acompaña al niño para que se vaya haciendo adulto, así sea a costa de sus propias angustias y temores. “Su madre conservaba todas estas cosas en su corazón” (2,51).

Jesús corrige a su madre en las Bodas de Caná

Jn 2,1-11. Cuando la madre se siente todavía mamá frente a su hijo, nada le cuesta darle órdenes o sugerirle lo que a ella le parece correcto. María, frente a la carencia de vino de los novios y presintiendo una humillación, le hace una sugerencia a su hijo. Jesús ya está anunciando el Reino de Dios y sabe el contenido que debe darle a cada una de sus acciones. Por esa razón, no va a darles solo un valor sentimental, de amor a su madre, sino un valor trascendental: que la conciencia de sus discípulos empiece a vislumbrar un nuevo horizonte; la ley acerca del agua de las purificaciones debe desplazarse por el amor (el vino de la alegría y la fraternidad). Debe liberarse de la ley que está sobre el amor. Este paso en las conciencias no es fruto de la orden de una mamá orgullosa de su hijo, sino una decisión autónoma de Jesús, en nombre del Padre Celestial. No se juega el cariño filial o maternal, sino la esencia misma del Reino de Dios. Por consiguiente, la expresión correcta de Jesús es la autonomía. “¿Qué hay entre tú y yo, mujer? Mi hora aún no ha llegado”. Jesús es quien decide el momento de acción del Padre para dar a conocer la “Hora del Reino”. María se hace a un lado en esta decisión; aprende la lección de madurez dada por su hijo, sin resentirse como madre; al contrario, aporta su intuición de mujer y de madre conectando a los sirvientes con Jesús: “Hagan lo que él les diga”. Ella ocupa su puesto de madre y compañera de Jesús en la evangelización, pero deja todo a la madurez del hijo, quien debe retirarse de las faldas de su madre y ser plenamente autónomo.

Jesús corrige a su madre y sus hermanos. ¿Se enloqueció?

Mc 3,20-21.31-35. Después de la elección de los Doce Discípulos, el Evangelio de Marcos narra que Jesús:

... entró en la casa, y se reunió tal gentío, que no podían ni comer. Sus familiares, al enterarse, fueron para llevárselo, pues decían que se había vuelto loco... Fueron su madre y sus hermanos, se detuvieron fuera y lo mandaron a llamar. La gente estaba sentada en torno a él y le dijeron: Mira, tu madre, tus hermanos y hermanas están fuera y te buscan. Él les respondió: ¿Quién es mi madre y mis hermanos? Y mirando a los que estaban sentados en círculo alrededor de él, dice: Miren, estos son mi madre y mis hermanos. Porque el que cumpla la voluntad de mi Padre del Cielo, ese es mi hermano, mi hermana y mi madre”.

En este relato se patentizan los elementos, ya recalcados, de una madre frente a su hijo. María, como es natural, quiere proteger a su hijo, quien ni come ni está

cuerdo; es decir, está en peligro de ser apedreado porque la locura es señal de la posesión de un espíritu impuro. Ella hace lo que cualquier madre haría: ir por el hijo, en compañía del resto de la familia. La familia protegerá al pobre Jesús quien está a punto de sucumbir. La reacción de Jesús no se hace esperar, no atiende a su mamá ni a sus hermanos y declara que tiene otra clase de mamá, de hermanos y hermanas: son quienes corren con él el riesgo de querer una sociedad alternativa.

Ese día debió ser de lágrimas para los parientes de Jesús, principalmente para su madre. Pero, él debía dar una lección para siempre: se necesitan personas maduras, que sepan enfrentar aún el riesgo de ser consideradas locas por causa del Reinado de Dios y por desear una sociedad alternativa. Jesús no quiere recibir ni dialogar con sus parientes quienes, ciertamente, le ofrecen seguridad humana, pero desean separarlo de su gran misión de enfrentar los poderes malignos posesionados en el pueblo.

Jesús entrega otra lección: quien corre riesgos por la causa del Reino encuentra su seguridad en la compañía de quienes corren ese mismo riesgo. Este es el modelo de nueva familia que propone. No se trata de la familia súper protectora, unida en la alcahuetería y la corrupción que les tapa a sus miembros, sino la familia que corre los mismos riesgos por causa de la justicia y a la cual no le faltará nada porque todos sabrán compartir lo que tengan o consigan. No se refiere a una familia unida por lazos de sangre sino por lazos de causa, la cual puede crear lazos mucho más fuertes. María debió aprender ese día, con lágrimas, la gran lección de no ser una madre súper protectora, que no sirve para el Reinado de Dios, sino madre acompañante, que sabe correr los mismos riesgos de su Hijo.

Jesús corrige a la mujer que alaba el vientre y los senos de su madre

Lc 11,27. No se trata de un varón alabando la belleza erótica de una mujer, sino de una mujer que conoce el vientre y los senos de una madre. Esta mujer alaba a María por ser la madre biológica de Jesús, varón fascinante por sus planteamientos y su talante. María tuvo en su vientre, parió y amamantó a semejante profeta, por esa razón debe ser bendecida en su feminidad. Sin embargo, Jesús no respalda a la mujer del pueblo que bendice el vientre que le dio protección durante nueve lunas y a los senos que le dieron alimento satisfactorio cuando comenzó su propia carrera de humanización. Prefiere bendecir a quienes escuchan la Palabra y la cumplen; es decir, remite a los riesgos y a las insatisfacciones que conlleva la implantación del Reinado de Dios. No se quedó pendiente de lo que podía ofrecer una mujer-madre desde su corporalidad -seguridad y satisfacción- sino que lleva a considerar a la mujer desde otra

perspectiva, la del Reino.

La tentación del varón será considerar a la mujer como compañera que tiende a no dejarlo sufrir, a atender sus necesidades. Si así fuera la mujer en el proyecto del Reino, ellas no serían hermanas y compañeras de riesgos e insatisfacciones, sino endulzadoras del Reino, propiciadoras de calmantes cuando los peligros, las inseguridades, las insatisfacciones acosen a los varones. El Reino de Dios quedaría pervertido en su esencia.

Una vez más, Jesús corrige en su madre las ansias humanas de evitar todo sufrimiento o limitación en su seguimiento. Precisamente, porque ama a su Madre, en ella habla y enseña con toda libertad. No rebaja a María, la pone como ejemplo. Jesús hace lo del escultor, con base en golpes y pulimento va creando la imagen más bella de una mujer evangelizadora. María, su madre, es la muestra. De María, se sabe que este episodio negativo vivido con Jesús no la separa de su Hijo, enseguida se ve al pie de la cruz acompañándolo en el momento de su plena inseguridad.

Jesús, desde la cruz, le ratifica a María su misión: ser madre formadora de sus discípulos

Jn 19,26-27. La muerte en cruz fue el castigo impuesto a Jesús por Roma y el Sanedrín, dos expresiones del poder político y del poder religioso de ese tiempo. Un crucificado es la imagen de la plena inseguridad y de la plena insatisfacción. Cada instante lo acerca a la muerte; las heridas de los clavos lo van desangrando, sus pulmones se ahogan, la fiebre lo quema, la sed lo devora, el corazón se debilita, el cerebro se enloquece, el tiempo se hace eterno y se van agudizando angustias y temores opresores de la conciencia.

Jesús, el crucificado, el plenamente inseguro, tiene al lado a su madre, quien no puede hacer nada por él. En ese estado, Él la llama "mujer" y "madre" y se la entrega a un discípulo para que ella, habiendo aprendido qué es el Reino de Dios, acompañe a la iglesia naciente en su construcción. María ya no es la mujer que súper protege, es la madre y compañera que comparte, que está cerca, que acompaña en el dolor, que alienta, que ilumina. María se gradúa de evangelizadora en el Calvario. Entonces, Jesús no teme entregarla como madre -ya no de la carne y de la sangre, sino del Espíritu- a Juan el Discípulo Amado. Estando María y Juan al pie de la Cruz sobre ellos inclina la cabeza y entrega su espíritu.

Jesús había enseñado a entregarlo todo: "Anda, vende todo lo que tienes y dáselo a los pobres, después ven y sígueme." (Mt 19,21). El ideal es no atrapar; quedarse con nada. Por esa razón, la crucifixión es una expresión simbólica de quien lo entrega todo; los brazos abiertos

que no atrapan la vida; el corazón vaciado que no se queda ni con la última gota de sangre. (Jn 19,34). Todo este dolor traspasará el corazón de la madre, ella llega, también, a experimentar el significado de construir una nueva sociedad en justicia, igualdad, solidaridad y fraternidad.

En la comunidad de Jerusalén, el Espíritu se hace presente en Pentecostés

Hch 2,1-13. Hasta aquí un recorrido de textos con presencia de María; claramente, sobresale su aporte a lo que puede llamarse la “madurez evangélica”, que es aprender a enfrentar, desde la madurez humana, las dificultades de anunciar el Reino de Dios Padre. El gran peligro de la comunidad cristiana naciente, seguidora de Jesús, es no haber percibido cuál era el papel de María y de las mujeres en general, en medio de una comunidad de varones, con tendencia a expresar la mentalidad machista donde fueron formados.

El papel de María queda claro, ella no está llamada, en cuanto mujer, a súper proteger a Jesús y a sus discípulos o a orientarlos desde una tendencia femenina que anule sufrimientos y dificultades. Ese no es el papel que dignifica a María o a cualquier mujer en el cristianismo. El destino de la mujer no es crear a su lado gente endeble, pusilánime, acomodada, buscadora de placer y tranquilidad. El Reino de Dios es todo lo contrario. La mujer debe ser compañera y entregar sus tendencias protectoras al servicio de la vida pequeña, indefensa, con el propósito de ir formando vida, hasta cuando llegue a la adultez, a la perfecta madurez humana, según la madurez que mostró Cristo Jesús (Ef 4,13) sabiendo enfrentar todo peligro por causa de la justicia. Nadie mejor que la mujer para ejercer este papel de formadora.

Por esa razón, en el libro de los Hechos de los Apóstoles, cuando la primera comunidad cristiana está encerrada, por miedo a los judíos, después de dar los nombres de los apóstoles, se dice que “todos ellos, con algunas mujeres, la madre de Jesús y sus parientes, permanecían íntimamente unidos en la oración” (Hch 1,14). Es decir, la comunidad cristiana está encerrada, pequeñita, débil, amenazada, como en un vientre materno. Pero este vientre materno debe parir y el partero es, precisamente, el Espíritu Santo quien rompe paredes y se hace presente en forma de viento impetuoso y de lenguas de fuego para que el grupo miedoso de los apóstoles se confronte con el pueblo agolpado en las puertas y que en forma de unas 16 culturas acuden a él. María y otras mujeres están, junto con los varones, en este momento del parto de la primera comunidad cristiana (Hch 2,1-13).

Este papel de formadora, en y para la adultez

evangélica, María lo hizo calladamente. Por ese motivo, su figura se diluye en la vida cristiana sin saberse a ciencia cierta en dónde estuvo, qué hizo y cómo terminó. Su vida se pierde en el silencio. Quizás se explica así, el deseo cristiano, a veces exagerado e incorrecto, de sacarla del silencio, de exaltarla como se lo merece y de colocarla en el pedestal asignado por una parte del cristianismo. No siempre se puede caer en esta tentación, ni es conveniente obsesionarse con ella; hacerlo le ha hecho daño a la genuina imagen de María desfigurándola, y a la misma iglesia que la venera, poniéndola al borde de una idolatría nunca querida por Jesús. La adoración es única y exclusiva para Dios.

María “la plena y gratuitamente amada”

Los especialistas dicen que Lucas escribió su Evangelio, probablemente, en torno a la década de los 80 del siglo primero, unos 50 años después de la muerte de Jesús, cuando muy posiblemente, también, María había muerto. Este dato permite sacar una conclusión muy útil porque no sería un título dado por el ángel antes de ella concebir a Jesús, como si se tratara de una mujer “predestinada”; más bien, es un título correspondiente a la globalidad de su vida, cuando la iglesia primitiva empieza a tener claridad frente a lo que realmente fue María. Lo mismo puede decirse de todo el relato de la Anunciación, el cual, precisamente, por pertenecer a la esfera mítica, pretende dar respuestas a interrogantes que, de otra forma, no podrían ser respondidos, como: ¿De qué forma entender la encarnación de Jesús? ¿Cuál es el papel de Dios en ella? ¿Qué hondura teológica tiene la palabra “virgen”? ¿Qué papel juega lo humano frente a Dios?

Si la iglesia primitiva le da María el título de “plena y gratuitamente amada” es porque en ella quiere establecer la razón última de la encarnación de Jesús, el Hijo de Dios, quien se hace hombre por puro amor gratuito del Padre, sin que nada ni nadie lo obligara. No son ni la belleza física de María, ni su belleza espiritual, las que atraen las miradas de Dios como reza alguna canción mariana, sino todo lo contrario, la simple voluntad de Dios que ama gratuitamente porque esa es su esencia, y ama plenamente porque, como Dios, no hace otra cosa que rebosar plenitud.

La Biblia no deja vacíos frente a lo que realmente debe ser María para el cristianismo. Ella toma posición teológica clara frente a su ser femenino que fue constantemente corregido por Jesús, no porque lo femenino fuera o sea negativo, sino porque puede ser vivido o reivindicado en una línea incorrecta, la de proporcionar seguridades y satisfacciones en un discipulado que debe prepararse para vivir no solo las incomodidades del Reino, sino las persecu-

ciones y la muerte por causa de su mensaje.

El Evangelio de Lucas señala el camino correcto cuando construye el mito de la Anunciación queriendo decir una verdad que no puede ser manifiesta sino a través de una expresión simbólica mítica. Dice Lucas que Dios envió al ángel Gabriel (nombre que significa “energía engendradora de Dios”) y que este ser saluda a María diciéndole “Alégrate, tú la plena y gratuitamente amada, el Señor está contigo.” (Lc 1,28). Propiamente, las palabras griegas puestas el texto de Lucas son: “jaire, kejaritoméne, ho Kurios meta sou”. La palabra “kejaritoméne”, forma femenina del participio perfecto, del verbo “jaritoo” significa “amar gratuitamente”. Cuando la lengua griega quiere expresar la plenitud de una acción usa el tiempo perfecto, palpable en la misma forma verbal que duplica su raíz, para indicar la plenitud de su acción. Esta duplicación de plenitud se encuentra en “je-jaritoméne”, convertida por eufonía en “ke-jaritoméne”.

En consecuencia, si se le aplica a María la acción de ser la gratuitamente amada, a esta raíz hay que añadirle la máxima plenitud, dado que está puesta en forma de participio perfecto. Por consiguiente, su traducción correcta es: “la plena y gratuitamente amada” por Dios. En el texto original no aparece el nombre de María, el Ángel no dice: “Alégrate, María”, sino “Alégrate, tú la plena y gratuitamente amada”, significando así que el nombre de María queda suplido con el participio mencionado. El nombre propio de María queda establecido por el mismo enviado de Dios: “La plena y gratuitamente amada”. Este es su nombre, su definición, su esencia. ¿Puede haber algo más grande?

Los humildes que le roban todo su amor a Dios

María es la gratuitamente amada porque, ante Dios, ella no presenta mérito para ser escogida como Madre de su Hijo hecho hombre. La única razón valedera de su elección es que a Dios le gusta realizar su proyecto liberador con los humildes de la Tierra, con quienes no se vanaglorian de sus cualidades o de su fuerza porque confían en la fuerza de Dios. María es una campesina con todas las limitaciones de su origen y del contexto socio-cultural de la mujer de entonces.

En el tiempo del Nuevo Testamento, toda mujer era considerada una menor de edad; un ser impuro frente al cual se debía estar atento para no dejarse llevar de sus impurezas ni de los deseos carnales que podían despertar en los varones de su sociedad, quienes se aprovecharían de todas las circunstancias posibles para mantenerla controlada y a disposición de sus deseos y proyectos según la carne. Sobre todo, se debían buscar argumentos sociales,

sicológicos o aún religiosos para mantenerla controlada, sin arrebatarles poder a los varones.

Ya se indicó que la palabra “kejaritoméne”, además de “amor gratuito”, revela “plenitud” de amor por parte de Dios (tiempo perfecto) convirtiendo a María en una criatura que, a pesar de su debilidad, fragilidad e insignificancia social, o precisamente por esos motivos, se va a palpar en ella la “plenitud del amor de Dios”, quien vuelca su amor sobre los humildes que le entregan a Él toda la gloria.

Como se dijo, Lucas escribió su Evangelio en torno a la década de los 80, cuando el cristianismo da sus primeros pasos de autonomía y ya se sabía quién era quién. Lucas dice lo que el cristianismo de entonces creía de María: no se trataba de una mujer famosa era, sencillamente, una mujer campesina, de talante rebelde como buena galilea, silenciosa, humillada por la invasión romana instalada en la ciudad de Séforis, una ciudad romana en construcción en ese entonces, a pocos kilómetros de Nazaret. Según lo narra Mateo (Mt 1,18-24), María era la madre de un hijo que había dado mucho de qué hablar y era esposa de José el artesano quien, muy seguramente, trabajó en Séforis donde, probablemente, desapareció en las revueltas galileas. Allí, los romanos crucificaron a unos 3.000 judíos.

A María, mujer marginada y silenciosa, madre de Jesús, corregida por él, sin grandes atributos de líder comunitaria o de predicadora, precisamente por no tener nada de qué enorgullecerse, la llama la comunidad “la plena y gratuitamente amada”. Mayor título de plenitud no se le puede dar a nadie. Sólo Jesús y María lo comparten.

Para que acontezca con Dios el amor, no se necesita fama, sino simplemente dejarse amar por Él, que así lo quiere según su costumbre. A lo largo de la historia, el Dios de la Biblia ha demostrado enamorarse del ser humilde, silencioso, sencillo, que no se vanagloria de sus cualidades, sino que le da toda la gloria a Dios. María no se ensoberbece por ser la “madre de Jesús”, todo el mérito es del mismo Dios, por medio de su Espíritu. Por esa razón, el mismo Dios la ratifica como “la gratuita y plenamente amada” por Él.

El gran ejemplo de María en el cristianismo es, precisamente, que aún sigue impactando. La mujer más grande de la historia sigue evangelizando silenciosamente, con su genuina humildad que es nunca arrebatar el puesto a Dios ni a su Hijo Jesús, sino acompañar su proceso de madurez humana, necesaria para quien venía a ser el genuino mediador del anuncio del Reinado de Dios en la Tierra.



Conclusiones

No se debe caer en la tentación de convertir a María en una competidora de Jesús. Se debe reconocer con sensatez que Jesús es Dios y ella no. Sería una herejía proclamarla divina en la misma línea de Jesús.

No hay que dejarse seducir por los títulos de poder dados a María por cierta tradición cristiana. Sentirse hijo de una Mujer Poderosa termina contagiando de poder o de deseos de poder y pervierte la Espiritualidad evangélica que proclama bienaventurados a los pobres, a los sin poder. Cuando se acostumbra leer la historia desde el poder se termina inclinando la cabeza ante los poderosos, hipotecando la dignidad humana de ser imágenes del Dios de la libertad.

Hay que construir unas nuevas letanías que den razón de una nueva Espiritualidad Mariana basada en la María de los Evangelios, sin alterar los relatos originales.

Poner en la cabeza de estas nuevas letanías a María, madre y formadora de Jesús, anunciador del Reinado de Dios, quien necesitó ser formado en la madurez humana y saber afrontar riesgos por causa de la justicia.

Se requiere tener conciencia de la dura historia vivida por los pueblos afros y no ocultar la realidad negativa por donde ha tocado y toca caminar: vender la conciencia a los politiqueros; ser arribistas deseosos de salir a flote por medios fáciles; taparles fechorías o malas acciones a familiares y amigos, en razón del cariño; involucrarse en asuntos de corrupción para recibir dividendos; aceptar gobiernos corruptos, pensando que todos deben tener su cuarto de hora de disfrute; votar por los mismos líderes corruptos que utilizan al pueblo en provecho propio; tenerles pereza al estudio y a los programas que exigen esfuerzo y preparación; ser irresponsables en el amor multiplicando las parejas y trayendo al mundo vidas que después se rechazan, no se crían, ni alimentan, ni educan; multiplicar en la sociedad los partos prematuros y las madres solas; responder con violencia a todo reclamo; ser modelos de machismo dándole a la mujer un trato injusto y desigual; despreciar otras etnias y grupos humanos frente a los cuales se siente superioridad; cultivar las prácticas religiosas amantes de milagros, sin conciencia crítica, hecho que genera sujetos pasivos que esperan todo de Dios, sin hacer esfuerzo; utilizar energías secretas para hacerles mal a las personas objeto de venganza; resignarse con lo que ha sido y repetir los procesos de la sociedad capitalista que explota; no pensar en una sociedad alternativa, que puede y debe ser pensada desde la igualdad, la solidaridad y la fraternidad.

Esa realidad, tipifica a un pueblo inmaduro, primario, irreflexivo, con los instintos a flor de piel, sin control, candidato para todo proyecto sucio, carne de cañón para los agentes del orden, con la peor fama social en Colombia. Aunque duela, se debe aceptar la realidad para que desde ella afloren nuevos sentimientos y nuevos propósitos.

De este tenebroso panorama, descrito con dolor y angustia, emerge María, la formadora de Jesús, quien debe desempeñar para todos un papel de formadora, de madre y compañera que enseñe a ser verdaderamente humanos canalizando la animalidad heredada hacia nuevas formas más humanas de vivir y de compartir.

Es necesario multiplicar los actos personales y comunitarios que proclamen a María madre y formadora, que ayuden a vivir lo que ella ayudó a formar en su hijo Jesús como un ser humano maduro, perfecto, sin proteccionismos ni consentimientos que infantilicen.

Debe nacer en todos, la convicción de que sólo se demuestra madurez humana cuando se toma la propia historia en las manos con responsabilidad. Entonces, María no será una imagen de adoración para postrarse ante ella, sino un estandarte para ser empuñado con fuerza, para seguir a quien preside la caminata hacia la liberación.

María fue una mujer rebelde, como la revela el Evangelio de Lucas. Es costumbre leer y orar con el Magnificat, sin preguntar por qué las primeras iglesias cristianas pusieron en boca de María, la madre de Jesús, contenidos tan revolucionarios: miró la humillación de su esclava (...) dispersa a los soberbios en sus planes, derriba del trono a los poderosos y eleva a los humildes, colma de bienes a los hambrientos y despide vacíos a los ricos. El modelo de sociedad actual, la del capitalismo neoliberal, no es el querido por Dios para el mundo. Ésta también sigue siendo la tentación de los pueblos negros, que siguen vendiendo su conciencia a los politiqueros de turno, con el engaño de que ellos los sacarán del atraso y no hay posibilidad históricamente más falsa.

Apostarle a una sociedad más humana, no neoliberal, no significa apostarle a la violencia. En torno a la humanización se pueden hacer los procesos de paz más hermosos porque, en lenguaje evangélico, liberación no significa darles a unos y dejar a otros sin nada, sino repartir para que a todos les alcance y todos, sin excepción, logren ser felices. Hay que apostarle a esta felicidad común guiados por María.

El fruto mayor de este recorrido por los Evangelios es que las relaciones entre María y Jesús son una expresión clara de un proceso de madurez humana necesario para el Reino de Dios. Aquí, Jesús pasa de hijo a ser maestro y María pasa de madre a ser discípula marcando un camino: el Reinado de Dios se construye mejor con personas humanamente maduras y se palpa mejor en personas con madurez humana.

CAMINO

REVISTA PENSAMIENTO BÍBLICO & CULTURAL



Uniclaretiana
Fundación Universitaria Claretiana



EDITORIAL
Uniclaretiana



QUIBDÓ / COLOMBIA